

Un legado valioso e irrenunciable

Alfonso Pinilla García

Profesor titular de Historia Contemporánea.
Universidad de Extremadura

Escribo estas líneas mientras Kiev está siendo bombardeada por el ejército ruso y las tropas de Putin avanzan, sin tregua, por el este y el sur de Ucrania. Cuando celebramos, entre los días 12 y 15 de julio de 2021, el curso de verano “El futuro de Europa: oportunidades ante retos compartidos y globales” pusimos sobre la mesa las incertidumbres que atenazaban a los europeos en esta segunda década del siglo XXI. Algunas de esas incertidumbres tenían que ver con la vida después de la pandemia, la necesidad de transitar hacia una economía “verde y sostenible”, el reto de adaptarnos a la nueva era digital, el compromiso histórico de mantener las políticas sociales que caracterizaron a la UE desde sus inicios, el futuro de las democracias liberales y sus Estados de derecho, el papel de los jóvenes en ese futuro y el peso de Europa en la escena internacional. Cada una de estas cuestiones merecen una monografía detallada, y algunas se han publicado al respecto, pero quisimos exponerlas todas sucintamente, estableciendo una especie de “carta de navegación” que impidiera nuestro naufragio en los tiempos actuales. Se trataba, pues, de realizar un “estado de la cuestión” de los problemas y retos con los que nuestro continente se encontraba entonces.

Ya en ese momento, cuando analizamos el papel de Europa en el mundo, expusimos la necesidad de plantearnos una seguridad y defensa comunes ante la fuerza expansiva de potencias como China o Rusia, pero nadie podía prever en aquel verano de 2021 la ola de sangre desatada en Ucrania a finales de febrero del año siguiente, provocada por las ansias imperialistas de un Vladimir Putin empeñado en una loca huida hacia delante.

Tras los primeros titubeos, propios de cualquier sacudida brutal, Europa respondió a Putin como lo hizo ante el Covid-19: con unidad y cooperación intensas. Las

ayudas económicas establecidas por la Unión para paliar la crisis sanitaria y material provocadas por el coronavirus fueron un revulsivo que volvió a demostrar la utilidad del proyecto supranacional en el que estamos inmersos. Coordinarnos y compartir soberanía han impedido el naufragio, y esta es la receta a seguir cuando, ahora, en estos días históricos y tristes, nos enfrentamos a la guerra de Ucrania. Las duras sanciones contra Rusia adoptadas por la Unión y el envío de armas para que los ucranianos puedan contrarrestar la impresionante potencia de fuego rusa quizá no sean suficientes, pero sí suponen un primer paso, firme, para plantar cara a un dictador empeñado en trastocar fronteras a su antojo. Y, como bien ha dicho Borrell en un brillante discurso, esta brutal crisis nos ha enseñado que Europa ha de procurarse una defensa conjunta ante las amenazas que, desde muy cerca, ponen en peligro sus valores y existencia.

El curso de verano que celebramos en julio de 2021 exploró los retos históricos que debemos enfrentar en el futuro, diseñó esa carta de navegación necesaria para sortear tormentas o, al menos, para encararlas con firmeza y garantías de supervivencia. Este inicio de 2022 nos ha enseñado que esa carta de navegación ha de estar más presente que nunca, siempre a la vista, y que debemos profundizar en el diagnóstico de estos tiempos inciertos en que vivimos, sobre todo para salvaguardar lo conseguido desde 1945 y defender su legado contra todos aquellos que quieren destruirlo.

El futuro, ese país desconocido, solo podrá explorarse con acierto si hoy reflexionamos sobre nuestros errores, nuestros problemas, nuestros desafíos y los valores esgrimidos para afrontarlos. Ese fue el espíritu que inspiró el curso de verano cuyas aportaciones ahora presentamos, y ese el objetivo que nos mueve a seguir trabajando, porque la libertad individual, la igualdad ante la ley, la solidaridad, la paz, el mantenimiento del Estado del Bienestar y la apuesta por la Unidad europea suponen un legado tan valioso como irrenunciable. ■

